

misma del triunfo no pensarán ni en cargar de cadenas al vencido, ni en ultrajar los muertos sobre el campo de batalla, ni en colgar sus armas en los templos de los dioses, poco celosos de semejante ofrenda, ni en llevar la desolacion por los campos, é incendiar las casas. Estas crueldades, que apenas se ejecutarán contra los bárbaros, no deben ejercerse en la Grecia, en esta república de naciones amigas, cuyos disturbios no deberian jamas presentar la imagen de la guerra, sino mas bien la de aquellas turbulencias pasajeras, que agitan algunas veces á los ciudadanos de una misma ciudad.

Creo haber atendido suficientemente al bien de nuestros guerreros; les he enriquecido á fuerza de privaciones; sin poseer nada, gozarán de todo, y no habrá entre ellos uno que no pueda decir: todo es mio. Ni quien no pueda añadir, dijo Aristóteles que hasta este punto habia estado callando: nada es mio en realidad. ¡O Platon! los bienes en que tenemos parte, no son los que mas nos importan, sinó los personales. Una vez que vuestros guerreros no tengan ninguna especie de propiedad, no debeis esperar mas que un interes sin calor y sin objeto: no pudiendo fijarse su ternura sobre aquella multitud de hijos que le rodea, llegará á debilitarse: descuidarán unos por otros de darles ejemplos y lecciones, al modo que los esclavos de una

casa descuidan sus obligaciones cuando son comunes á todos.

Platon respondió: hemos puesto en los corazones de nuestros guerreros, dos principios que deben de concierto reanimar continuamente su celo: el sentimiento, y la virtud. No solamente ejercerán el primero de una manera general, mirándose todos como ciudadanos de una misma patria, sino que se penetrarán de él todavia mas, mirándose como hijos de una misma familia: lo serán en efecto, y la oscuridad de su nacimiento, no oscurecerá de modo alguno los títulos de su parentesco. Si la ilusion no tiene aquí tanta fuerza como la realidad, tendrá mas amplitud, y la república ganará en ello; porque poco le importa, que entre algunos particulares lleguen los afectos al exceso, con tal que pasen á todas las almas, y basten para ligarlos con un lazo comun. Mas si por acaso fuesen demasiado débiles para hacer á nuestros guerreros aplicados y vigilantes, ¿no tenemos otro movil, aquella virtud sublime que los implelerá continuamente á hacer mas de lo que deben?

Iba á replicar Aristóteles, pero le contuvimos, y se contentó con preguntar á Platon, si creia que pudiese existir su república.

Platon respondió con dulzura: traed á la memoria el objeto de mis investigaciones. Mi in-

tento es probar, que la felicidad es inseparable de la justicia; y con este fin examino cual seria el mejor gobierno, para probar despues que seria el más feliz. Si un pintor nos presentase una figura, cuya belleza excediese á todas nuestras ideas, ¿se le objetaria que la naturaleza no las produce semejantes? Pues de la misma manera yo os ofrezco la pintura de la mas perfecta república, proponiéndola como un modelo, á que deben aproximarse mas ó menos todos los gobiernos, para ser mas ó menos felices. Voy mas adelante, y digo que mi proyecto, por quimérico que parezca, podria realizarse en algun modo, no solo entre nosotros, sino en todas las demas partes, si se cuidase de hacer una mudanza en la administracion de los negocios. ¿Y cuál seria esta? Que subiesen al trono los filósofos, ó que los soberanos se volviesen filósofos.

Esta idea irritará sin duda á los que no conocen la verdadera filosofia. Los demas no podrán menos de conocer, que sin ella no queda remedio á los males que afligen á la humanidad.

Vengamos ya á la tercera y mas importante clase de nuestros ciudadanos: voy á hablar de nuestros magistrados, de este corto número de hombres escogidos entre los virtuosos; de aquellos gefes, que sacados del orden de los guerreros, serán tan superiores ó los otros por la

excelencia de su mérito, quanto los guerreros lo son á los artesanos y labradores.

¡Qué precaucion no se necesitará en nuestra república para elegir hombres tan raros! ¡qué estudio para conocerlos! ¡qué atencion para formarlos! Entremos en este santuario, donde se crián los hijos de los guerreros, y donde los hijos de los demas ciudadanos pueden merecer ser admitidos. Detengámonos en aquellos, que reuniendo á una buena persona las gracias naturales, se distingán de sus semejantes en los ejercicios del cuerpo y del alma. Examinemos si el deseo de saber, si el amor del bien centellean desde temprano en sus miradas y discursos; si á proporcion que se desplégan sus luces, se penetran de un vivo interes por sus deberes; y si segun van entrando en edad, van dejando descubrir los rasgos de un caracter excelente. Pongamos asechanzas á su tierna razon. Si los principios que han recibido no pueden alterarlos ni el tiempo, ni los principios contrarios, es menester acometerles con el miedo del dolor, con el atractivo del placer, y por todos los medios de la violencia y la seduccion. Pongamos despues á estos jóvenes en presencia del enemigo, no para que se mezclen en la pelea, sino para ser espectadores de ella; y notemos bien la impresion que los trabajos y los riesgos hagan en sus órganos. Despues de verlos salir

de estas pruebas tan puros como el oro que ha pasado por el crisol; despues de habernos asegurado que tienen naturalmente aversion á los placeres de los sentidos, y horror á la mentira; que juntan la exactitud en el pensar á la nobleza en el sentir, y la viveza de imaginacion á la solidez de caracter; debemos poner mayor atencion que antes en observar su conducta, y estar á la mira de los progresos de su educacion.

Hemos hablado mas arriba de los principios que deben arreglar sus costumbres; se trata ahora de las ciencias que pueden dar extension á sus luces. Tales serán, lo primero, la aritmética y la geometría, ambas á propósito para aumentar las fuerzas y la sagacidad del ingenio, útiles una y otra al guerrero, para dirigirle en sus operaciones militares, y absolutamente necesarias al filósofo para acostumbrarle á fijar sus ideas, y elevarse hasta la verdad. La astronomía, la música, y todas las ciencias producirán el mismo efecto, y entrarán en el plan de nuestra enseñanza. Pero será necesario que nuestros discípulos se apliquen á estos estudios sin esfuerzo, sin violencia, y como jugando: que los suspendan á los diez y ocho años, para ocuparse por dos ó tres en los ejercicios del gimnasio, y que vuelvan á ellos despues, para entender bien las relaciones que tienen entre sí. Los que continuasen correspondiendo á las esperan-

zas que nos habian dado en su infancia, recibirán distinciones honrosas; y luego que lleguen á los treinta años, los iniciaremos en la ciencia de la meditacion, en aquella dialéctica sublime, que debe ser el término de sus primeros estudios, y cuyo objeto es mas bien conocer la esencia, que la existencia de las cosas *.

No, no culpemos sino á nosotros mismos, si hasta ahora no se ha llenado este objeto. Entregándose nuestros jóvenes demasiado temprano á la dialéctica, y no pudiendo entender los principios de las verdades que enseña, convierten en diversion sus recursos, y se dan combates, en que vencedores unas veces, y otras vencidos, solamente adquieren dudas y errores. De aquí nacen aquellos defectos, que conservan toda la vida, aquel espíritu de contradiccion, aquella indiferencia con que miran las verdades que no supieron defender y aquella predileccion á los sofismas con que salieron vencedores.

Tan frívolos y tan peligrosos triunfos no tentarán á los discípulos que acabamos de formar: el fruto de sus conversaciones igualmente que

* En tiempo de Platon se comprendia bajo el nombre de dialéctica, la lógica, la teología natural, y la metafísica.

de su aplicacion serán unas luces cada vez mas vivas. Desprendidos de los sentidos, y sumergidos en la meditacion, se llenarán poco á poco de la idea del bien, de aquel bien á que anhelamos con tanto ardor, y de que nos formamos imágenes tan confusas; de aquel bien supremo, que siendo la fuente de toda verdad y de toda justicia, debe animar al magistrado soberano, y hacerle inalterable en el ejercicio de sus obligaciones. ¿Pero dónde reside? ¿Dónde se le debe buscar? ¿Acaso en los placeres que nos embriagan? ¿en los conocimientos que nos ensoberbecen? ¿en esta espléndida decoracion que nos deslumbra? No, porque todo lo que es mudable é instable no puede ser el soberano bien. Dejemos la tierra, y las sombras que la cubren; levantemos nuestro espíritu hácia la mansion de la luz, y anunciemos á los mortales las verdades que ignoran.

Hay dos mundos, uno visible y otro ideal. El primero, formado por el modelo del segundo, es el que habitamos nosotros. Aquí es donde estando todo sujeto á la generacion y corrupcion, todo se muda y pasa sin cesar; aquí es donde no se ven mas que imágenes y porciones fugitivas del ser. El segundo contiene las esencias y ejemplares de todos los objetos visibles; y estas esencias son verdaderos seres, pues son inmutables. Dos reyes, de que el uno es ministro y esclavo del

otro, derraman su claridad en estos dos mundos. De lo alto de los aires, el sol hace brotar y perpetúa los objetos, que hace visibles á nuestros ojos. Desde el lugar mas elevado del mundo intelectual, el bien supremo produce y conserva las esencias que él hace inteligibles á nuestras almas. El sol nos alumbra con su luz, el bien supremo con su verdad; y así como nuestros ojos tienen una percepcion distinta cuando se fijan sobre los cuerpos en que da la luz del día, del mismo modo nuestra alma adquiere una verdadera ciencia, cuando contempla los seres en que se refleja la verdad.

¿Quereis saber cuánta es la diferencia de lustre y belleza que hay entre las luces que iluminan estos dos mundos? Figuraos una caverna profunda, en donde están desde su infancia los hombres tan sujetos con cadenas pesadas, que no pueden ni mudar de sitio, ni ver otros objetos que los que tienen al frente: detras de ellos, á cierta distancia, hay sobre una altura un fuego, cuyo resplandor se difunde por la caverna: entre este fuego y los cautivos hay un muro, y por encima de él van y vienen gentes, unas callando, otras hablando entre sí, llevando en las manos, y subiendo encima del muro, figuras de hombres y animales, muebles de toda clase, cuyas sombras irán á pintarse en la parte de la caverna que pueden ver los cautivos. Al ver estas imágenes

pasageras, las tendrán por seres reales, y les atribuirán vida, movimiento y habla. Tomemos ahora uno de estos cautivos, y para disipar su ilusion, rompamos sus cadenas, obliguémosle á levantarse, y volver la cabeza: maravillado al ver los nuevos objetos que se le presenten, dudará de su realidad; deslumbrado y lastimado con el resplandor del fuego, apartará los ojos para echarlos sobre las vanas fantasmas que le ocupaban antes. Hagamos con él otra prueba: saquémosle de la caverna á pesar de sus gritos, esfuerzos y dificultades de una marcha penosa. Salido que sea á la tierra, se hallará repentinamente abrumado con el resplandor del día, y solamente despues de muchos ensayos podrá discernir las sombras, los cuerpos, los astros de la noche, mirar al sol, y tenerle por autor de las estaciones, y principio fecundo de cuanto alcanzan nuestros sentidos.

¿Qué idea formará entonces de los elogios que se dan en la caverna á los que primero aprenden y reconocen las sombras á su paso? ¿Qué pensará de las pretensiones, odios, y envidias que estos descubrimientos excitan en aquel pueblo de infelices? La compasion le obligará sin duda á volar á su socorro, para desengañarlos de su falsa sabiduria, y pueril saber; pero como pasando repentinamente de una luz tan grande á tanta oscuridad, no podrá

al principio distinguir nada, todos se levantarán contra él; y no cesando de darle en cara con su ceguedad, le citarán como un ejemplo horroroso de los peligros á que se expone el que pasa á la region superior.

Esta es cabalmente la pintura de nuestra funesta condicion: el género humano está sepultado en una caverna inmensa, cargado de cadenas, sin poder ver mas que sombras vanas y artificiales: aquí es donde los placeres no tienen mas que un amargo arrepentimiento, los bienes un lustre falaz, las virtudes un fundamento fragil, y aun los cuerpos mismos una existencia ilusoria: es preciso salir de este lugar de tinieblas, elevarse con esfuerzos reiterados hasta el mundo intelectual, acercarse poco á poco á la inteligencia suprema, y contemplar su naturaleza divina en el silencio de los sentidos y de las pasiones. Entonces se verá, que de su trono manan la justicia, la ciencia y la verdad en el orden moral; en el fisico la luz del sol, las producciones de la tierra, y la existencia de todas las cosas. No, un alma, que llegada á esta elevacion, haya experimentado una vez los raptos, arrobamientos y éxtasis que excita el Ser supremo, no se dignará de volver á participar de nuestros afanes y honores; ó si baja hasta nosotros, y antes de familiarizarse con nuestras tinieblas, se ve en la precision de explicarse

sobre la justicia ante los hombres, que no conocen sino su sombra, parecerán sus nuevos principios tan extravagantes y peligrosos, que al fin ó se reirán de su locura, ó castigarán su temeridad.

Tales son sin embargo los sabios que deben estar al frente de nuestra república, y debe formar la dialéctica. Dedicados á este estudio por cinco años continuos, meditarán la naturaleza de lo verdadero, de lo justo y de lo honesto. Poco contentos con las nociones vagas é inciertas que de ello se dan ahora, buscarán su verdadero origen; y leerán sus deberes, no en los preceptos de los hombres, sino en las instrucciones que recibirán directamente del primero de los seres. En las conversaciones familiares, digámoslo así, que tengan con él, beberán luces infalibles para discernir la verdad, firmeza inalterable en el ejercicio de la justicia, y aquel tison en obrar bien, de que nada puede triunfar, y que al fin triunfa de todo.

Pero mientras que unidos con el Ser supremo, y viviendo verdaderamente, olvidan toda la naturaleza, la república que tiene derecho á sus virtudes, los llamará para confiarles empleos militares, y otras funciones convenientes á su edad. Ella los experimentará de nuevo, hasta que lleguen á los cincuenta años; y entonces, encargados á pesar suyo, de la autoridad supre-

ma, se acercarán con nuevo fervor al Ser supremo, para que dirija sus pasos. De este modo, tocando al cielo por la filosofía, y á la tierra por sus empleos, ilustrarán á los ciudadanos, y los harán felices. Despues de su muerte, revivirán en sus sucesores, formados con sus lecciones y ejemplos; la patria agradecida les levantará sepulcros, y los invocará como genios tutelares.

Los filósofos que nosotros pongamos á la cabeza de nuestra república, no serán pues esos declamadores ociosos, esos sofistas despreciados por la muchedumbre, que no son capaces de gobernar; sino que serán almas fuertes, grandes, únicamente ocupadas en el bien del Estado, ilustradas en todos los puntos de la administración por una larga experiencia, y por la mas sublime teoría, y trasformadas por sus virtudes y conocimientos en imágenes é intérpretes de los dioses sobre la tierra. Como nuestra república tendrá muy poca extension, podrán ver todas sus partes de una mirada. La autoridad de ellos, tan respetable por si misma, la mantendrá en caso necesario, aquel cuerpo de guerreros invencibles y pacíficos, que no tendrán mas ambicion que defender las leyes y la patria. El pueblo hallará su felicidad en disfrutar de bienes medianos, pero seguros; los guerreros en la exencion de los cuidados domésticos, y en los elogios que los hombres harán

de sus hazañas; los gefes en el placer de obrar bien, y de tener por testigo al Ser supremo.

A estos motivos añadió Platon otro mas poderoso todavía, cual es la pintura de los bienes y males reservados en la otra vida á la virtud y al vicio. Se extendió sobre la inmortalidad, y sobre las diversas trasmigraciones del alma: recorrió despues los defectos esenciales de los gobiernos establecidos entre los hombres, y acabó advirtiendo que no habia prescripto cosa alguna sobre el culto de los dioses, porque esto tocaba al oráculo de Delfos.

Luego que acabó de hablar, sus discípulos, arrebatados por su elocuencia, manifestaban su admiracion; pero otros oyentes mas tranquilos, pretendian que acababa de levantar un edificio, mas vistoso que sólido, y que su sistema no debia mirarse sino como el delirio de una imaginacion exaltada, y de una alma virtuosa. Otros habia que le juzgaban todavía con mas severidad. Platon, decian estos, no es el autor de este proyecto; pues lo ha tomado de las leyes de Licurgo, y de los escritos de Protágoras, donde se halla casi todo. Cuando estaba en Sicilia, intentó ponerlo en práctica en un rincon de aquella isla; pero el joven Dionisio, rey de Siracusa, que al principio le dió el permiso, se lo negó luego. Parece que ahora lo propone con restricciones, y como una simple hipótesis;

pero, declarando mas de una vez en su discurso, que es posible la ejecucion, ha descubierto su modo de pensar.

En otro tiempo, añadian otros, los que se metian á corregir la forma de los gobiernos, eran unos sabios, que ilustrados por su propia experiencia, ó por la de otros, sabian que los males de un Estado se empeoran, en lugar de curarse, con remedios muy violentos: en el día se ponen á esto unos filósofos, que tienen mas ingenio que conocimientos, y quisieran formar gobiernos sin defectos, y hombres sin flaquezas. Hipódamo de Mileto fué el primero, que sin haber tenido parte en el manejo de los negocios, concibió un nuevo plan de república. Protágoras y otros autores han seguido este ejemplo, que otros seguirán todavía; porque no hay cosa mas facil que imaginar sistemas para procurar la felicidad de un pueblo, así como no hay cosa mas difícil que ejecutarlos. ¿Y quién lo sabe mejor que Platon, cuando no se ha atrevido á dar sus proyectos de reforma á los pueblos que los deseaban, ó los ha comunicado á otros que no podian ejecutarlos? El los negó á los habitantes de Magalópolis so color de que no querian admitir la perfecta igualdad de bienes y de honores; los negó á los habitantes de Cirene, porque eran demasiado opulentos para obedecer á sus leyes; pero si unos y otros hubieran sido tan virtuosos,

tan desprendidos de los bienes y honores, como él exigía, no hubieran necesitado de sus luces. Así, estos pretextos no le impidieron dar su parecer á los de Siracusa, que despues de la muerte de Dion, le habian consultado sobre la forma de gobierno que debian establecer en su ciudad. Es verdad que no siguieron su plan, aunque era mas facil de ejecutar que el de su república.

De este modo se explicaban, ya con razon, ya por envidia, sobre los proyectos políticos de este filósofo, muchos de los que acababan de oírle.



CAPITULO LV.

DEL COMERCIO DE LOS ATENIENSES.

El puerto de Pireo es muy concurrido de naves, así griegas, como de las naciones que los Griegos llaman bárbaras. La república atraeria muchas mas si se aprovechase mejor de la favorable situacion de su pais, de la bondad de sus puertos, de la superioridad de su marina, de las minas de plata y de otras ventajas que tiene, y si recompensase con honores á los negociantes, quienes con su industria y actividad aumentarían la riqueza nacional. Pero cuando los Ate-